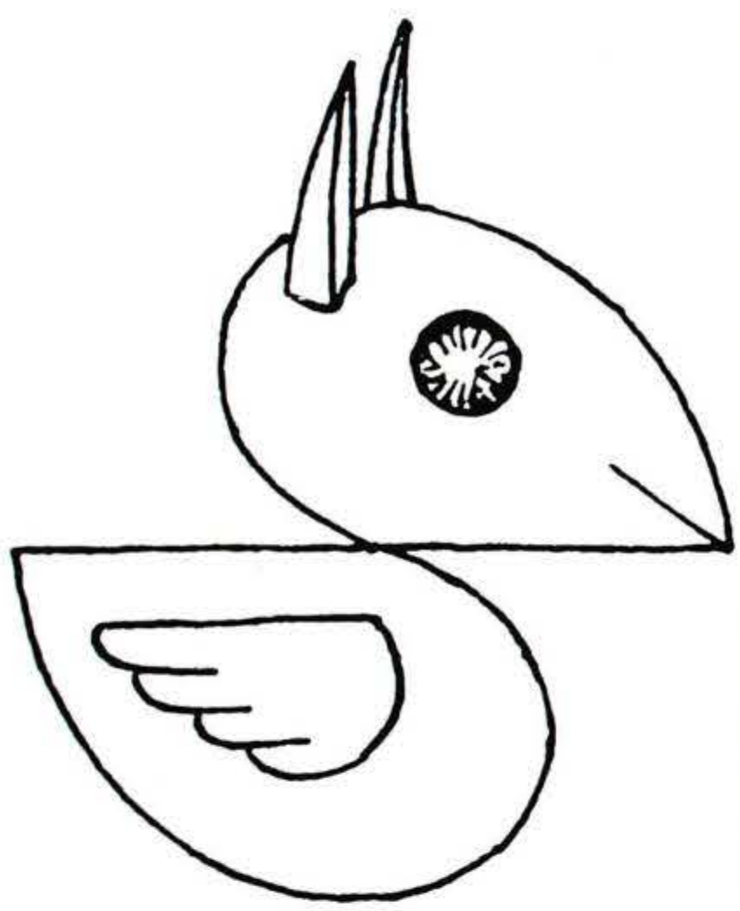
bres vivientes, como lo hace, por ejemplo, Chatherine Le Grand, (y, curiosamente, el mismo Palacios en su obra más importante sobre el café), seguiremos moviéndonos en medio de las abstracciones y las significaciones ambiguas de los gestos políticos.

Las reflexiones de Marco Palacios tienen otra vertiente: la de la política internacional, cultivada en el ambiente propicio del Colegio de México. Leyendo estos ensayos no se puede menos de sentir cierta envidia por la amplitud del análisis que alimenta una institución como el Colegio de México. Tal vez por eso los breves artículos de propaganda incluidos en "La delgada corteza de nuestra civilización" resultan tan decepcionantes.

GERMAN COLMENARES



La geografía del café

Cafeteros y cafetales del Líbano
María C. Errazuriz
Universidad Nacional, Bogotá, 1986, 382 págs.

Este libro de la geógrafa María C. Errazuriz forma parte de la colección que en buena hora está editando la Universidad Nacional. No es necesario explayarse aquí en lo positivo que es para el primer centro de enseñanza universitaria del país la publicación de numerosas obras inéditas y algunas reediciones destacadas. Baste señalar que es un paso más en el necesario acercamiento de la universidad a la realidad del país.

Cafeteros y cafetales del Líbano constituye un buen ejemplo del aporte de la geografía a las ciencias humanas y de la articulación entre estas distintas disciplinas. Todo ello en el contexto de un estudio local: el del municipio del Líbano, situado en el noroeste del departamento del Tolima. El libro consta de cuatro grandes partes, las dos primeras más históricas que el resto, siendo el estudio de los acontecimientos contemporáneos el núcleo de la publicación. La primera sección es una apretada síntesis histórica de la economía cafetera municipal hasta los años cincuenta. En la segunda parte se estudia el impacto de la Violencia en la vida del Líbano. El proceso de tecnificación local introducido por la aplicación de la variedad caturra es trabajado en la tercera parte. Finalmente, en la última sección del libro se estudia la explotación cafetera en el Líbano de hoy en día, para concluir con una breve tipología de las unidades productivas y sus perspectivas futuras. El lector encontrará en esas páginas un exhaustivo análisis, llegando casi hasta el cansancio, de los distintos sistemas de contratación de la mano de obra, beneficio del café —única fase industrializada de la economía cafetera—, comercialización y crédito, todo en el contexto de los cambios tecnológicos adelantados en los años setenta. La novedad del texto radica en mostrar cómo las transformaciones técnicas tienen profundas consecuencias sociales.

Según describe María C. Errazuriz, en los años setenta se generalizó en el Líbano el cultivo de la variedad caturra, que hizo que el municipio pasara del vigésimo lugar en la producción cafetera nacional al quinto en el lapso de pocos años. La autora señala al Líbano como una especie de planta piloto de cultivo de la nueva variedad.

Paralelamente al incremento de la productividad, se presentan profundas consecuencias sociales, que obviamente serán diferentes según los grupos sociales vinculados a la actividad cafetera. La disminución de cultivos de pancoger, la sustitución del trabajo familiar por trabajo asalariado, la dificultad de acceso al crédito y a una tecnología avanzada, muestran indudablemente que los cambios ocurridos en los setenta tienden a debilitar las explotaciones cafeteras minifundistas y familiares, fortaleciendo la mediana y gran empresa cafetera. *Cafeteros y cafetales del Líbano* no es, en consecuencia, un frío estudio sobre las supuestas bondades de una nueva tecnología en el cultivo del grano. Por el contrario, allí se describe minuciosa y objetivamente las diversas implicaciones de dichos cambios.

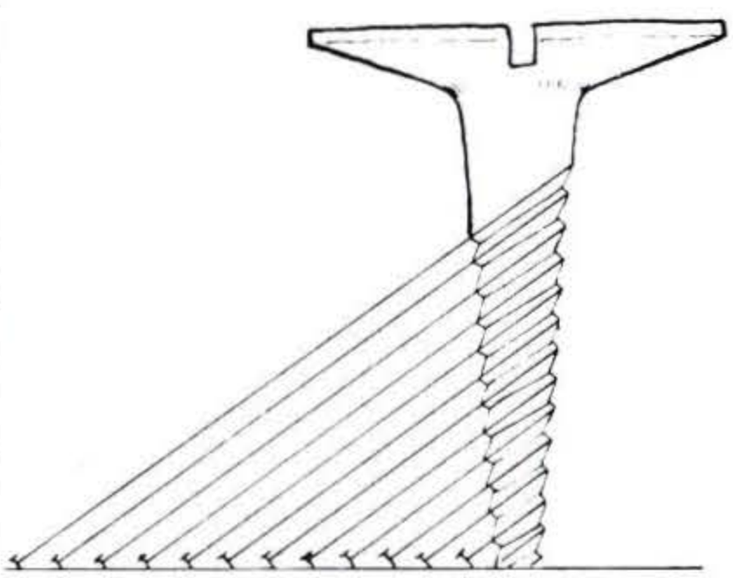
El hecho de trabajar un proceso local tiene sus ventajas, pues se puede ilustrar empíricamente, hasta la saciedad, las transformaciones de todo tipo. Sin embargo, el localismo en el análisis conduce a conclusiones de dudosa generalización. Para subsanar esta dificultad, la autora intenta moverse, sin mucho éxito, entre el polo nacional y el local, especialmente en las primeras secciones del libro. Donde mejor se observa este intento es en el análisis del funcionamiento de la Federación de Cafeteros que, aunque general, es de gran interés. Particularmente llama la atención la tesis esbozada en el libro acerca de la "neutralidad" de la Federación en el conflictivo período de la Violencia. De ser cierta esta hipótesis, el papel de la Federación adquiriría una nueva dimensión en la historia del país, y de paso replantearía aquellas perspectivas que ven una politización exagerada en todas las instituciones nacionales en dicho período.

Mirando en conjunto la publicación, salta a la vista la debilidad de la primera parte, pues se trata de una apresurada síntesis de procesos históricos nacionales y locales, apoyada exclusivamente en fuentes secundarias. Ello es explicable en la medida en que el núcleo de la investigación era el período más contemporáneo. En consecuencia, el aporte del libro de María Errazuriz radica no tanto

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

en el análisis histórico, cuanto en las consecuencias de los recientes cambios tecnológicos. Por ello no dudo en calificar a *Cafeteros y cafetales del Líbano* como un completo texto sobre la explotación cafetera en uno de los principales municipios productores del preciado grano. El rigor empírico y el tratamiento cuantitativo de las variables debe elogiarse, así como la minuciosidad en el análisis de los distintos componentes de ese complejo tejido que es la economía cafetera. Sus conclusiones proyectivas, que señalan el debilitamiento de las pequeñas explotaciones familiares, siguen vigentes a pesar de que la coyuntura cafetera haya variado en los últimos meses.

MAURICIO ARCHILA N.



Los timbres se volvieron aldabones

Antología poética
Luis Vidales
Universidad de Antioquia, Medellín, 1985, 288 págs.

Nada como la coherencia: si una carrera de cuatro años dura siete, el Premio Nacional de Poesía de 1982 tiene que publicarse en el 85 (y reseñarse un año después, porque todos nos parecemos). Sin embargo, tiempos tropicales aparte, la edición que la Universidad de Antioquia ha hecho de la antología de poemas de Luis Vidales es bastante buena, incluso en sus aspectos menos literarios: un pintoresco, macondiano tren en la portada (la inventiva de García Márquez es tan potente que hasta los pintores le reciclan sus temas), casi trescientas páginas de buen papel, pocas faltas de ortografía, un buen prólogo de Juan Manuel Roca y como epílogo una inteligente entrevista del maestro Vidales con Isaías Peña Gutiérrez.

No se nos informa, y es una falla, quién hizo o quiénes hicieron la selección de textos. No puedo creer que haya sido Roca, pues la presencia de un poema dedicado "al gran poeta Juan Manuel Roca" sería entonces impúdica. Tampoco creo que haya sido el autor mismo, porque en la entrevista que concluye el libro declara tácitamente su escasa inclinación a desechar aquella poesía suya que él mismo reconoce como "regular, mala, pésima".

Posiblemente dos de esos tres adjetivos pueden calificar buena parte de la poesía de Vidales posterior a *Suenan timbres* que consiste, casi toda, en unos pocos pero largos libros regulares, malos. Regulares y malos, nunca pésimos, porque aún en los libros más malos logran surgir versos, y hasta poemas enteros, que podrían formar parte de ese primer libro, fundamental para la historia de la poesía en Colombia. Si añadiéramos estos pocos versos, estos pocos poemas, a aquel único libro, no sufriríamos ningún remordimiento al condenar todo lo demás, si no al infierno, a un apacible limbo de silencio.

Creo que la anterior opinión puede ser confirmada por la lectura de esta antología. A pesar de que el anónimo compilador haya ya hecho por nosotros una buena cernida del ripio más vistoso de Vidales, en la disposición cronológica, supuestamente progresiva, el lector se da cuenta de que en realidad está leyendo hacia atrás. Los últimos poemas parecen más viejos, el escritor maduro del principio se va volviendo, página a página, principiante. Cuesta trabajo reconocer que son el mismo poeta ese que en 1926 lograba darle vigor a la metáfora *teclas/dientes,* gracias a unos versos como:

El piano
que gruñe metido en un rincón
le muestra la dentadura
a los que le pasan junto.

Y ese otro que cuarenta años después suelta adocenadas interrogaciones del tipo:

¿Cómo, pregunto, tan sin par verdura
sobre la tierra muerta?

La "tan sin par verdura" es una de esas expresiones tan feas, tan de manual, que parecen, y desgraciadamente no son, una sin par parodia. Tanto, que dan ganas de convertir el libro en margarita y despojarlo de su segunda parte diciendo "no te quiero, no te quiero", para poder dedicarse a contemplar la primera con "sí te quiero y sí te quiero". Pero dudo que a los lectores les guste la idea de deshojar los libros, con lo caros que están. Entonces les propongo algo mejor: que lo hojeen y descubran que aún después de *Suenan timbres* pueden encontrarse poesías que sean como una revelación, que nos den nuevos ojos o nuevas sensaciones, una alegría o un consuelo. Si de pronto se topan con la página 217 notarán un poema que dice:

1 *De pronto en el silencio*
neto de la alcoba
en la mudez de vaca de la
tierra nocturna
un objeto cae al ciego vacío
en el cuarto sin habitante
5 *y el chirriar de una puerta*
deja pasar al no anunciado
así el fantasma audible
cruza la extensión de la
noche
para que luego digas es el
viento
10 *es el viento.*

Es en poesías como ésta, excepcional en todos los sentidos, donde se vuelve a escuchar la voz del Vidales que tiene algo que decir, que en diez líneas produce diez sobresaltos, diez deslumbramientos. ¿Cómo lo consigue, verso por verso? 1. Con el inusitado adjetivo que le da al silencio; 2. con la fuerza de una imagen que asocia objetos lejanos entre ellos; 3. con la metonimia oscuridad/ceguera; 4. creando un enigma; 5. con la onomatopeya en el punto exacto; 6. insistiendo en el misterio; 7. con el ruido que encarna en un fantasma; 8.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.